

## GIGANTES DE AMÉRICA

En el Nuevo Mundo hay gigantes!" Esta exclamación se oyó en la corte de los reyes españoles, a principios del siglo XVI, pues los navegantes y descubridores, en sus cartas relatando las aventuras que tenían en los nuevos territorios conquistados, afirmaban haber encontrado indios de estatura colosal, que medían cuando menos dos metros de la cabeza a los pies.

Cuando Hernando de Magallanes llegó a la desembocadura del Río de la Plata, en lo que hoy es la República Argentina, envió a algunos de sus soldados a explorar los parajes costeños, y cuando éstos regresaron le contaron haber visto indios gigantescos y de aspecto feroz. Así comenzaron a divulgarse aquellas creencias en una raza de nativos de altura increíble, que habitaban las llanuras australes del continente.

¿Quiénes eran estos pretendidos "gigantes"? Pues sencillamente los indios patagones, que vivían en la región sur de la Patagonia. Éstos tenían efectivamente una gran estatura, y como se presentaron a los primeros europeos cubiertos de pieles de animales, el tamaño aumentaba a primera vista.

Verlos y salir corriendo fue todo uno, pues ya puede imaginarse la impresión que produciría a los españoles la vista de semejantes torres humanas, que además tenían muy malas pulgas. Pero en realidad hubo en esta aventura más imaginación que realidad. Los patagones, repetimos, fueron hombres de elevada estatura, pero no tanta como para considerarlos gigantes. Sin embargo, ¿quién iba a desmentir semejante afirmación, en aquellos tiempos en que los viajes duraban meses enteros? La versión de los gigantes prevaleció durante muchos años, hasta que expediciones posteriores, y finalmente las guerras que terminaron por someter a las tribus rebeldes, se encargaron de poner las cosas en su justo lugar.

Además de su considerable altura, los patagones eran hombres rudos y con una fortaleza física extraordinaria.

Formaban numerosas tribus nómadas, es decir, emigraban de un lugar a otro sin necesidad, ya que en todas partes encontraban más o menos los mismos elementos para subsistir. Sus aldeas estaban construidas toscamente, y utilizaban para ello la madera, la piedra y el barro. En lengua nativa, sus habitaciones se llamaban "rucas".

Vivían exclusivamente de la caza; eran grandes carnívoros y devoraban corzas, ñandús (el avestruz sudamericano), vizcachas (un roedor grande, que se parece al topo y al conejo), pumas y gatos monteses... Acostumbraban comer la carne cruda y la sangre de esos animales, y preferían los riñones, los hígados y los pulmones.

Lo tremendo de esta alimentación, la vida al aire puro, el ejercicio violentísimo a que se sometían hombres y mujeres todo el tiempo, hicieron de los patagones un tipo humano lleno de vitalidad.

Pasaron los años . . . y los que llegaron a conocer de cerca sus costumbres, dicen que era todo un espectáculo verlos derribar y domar caballos salvajes, y luego correr en ellos sin cesar, jornadas enteras, sin experimentar fatiga alguna.

Los que llegaban a la ancianidad sin haber muerto en combate o por accidente, alcanzaban fácilmente los cien años y su aspecto parecía el de un hombre de sesenta, bien conservado, pues no se les caía el cabello ni éste encanecía. Conservaban todos sus dientes y se mantenían erguidos y vigorosos. Tal es el caso del cacique Calfucurá, que figura como personaje importante en la presente historia. Un viajero francés que fue su prisionero dijo que sus últimos síntomas de decadencia –ja los ciénto tres años de edad!– eran cierta limitación que se había impuesto en su actividad de cazador, y las espaldas un poco cargadas. Fuera de esto, aquel recio exponente de su raza continuaba lleno de vida.

Indómitos, valientes y feroces, los patagones tardaron muchos años en incorporarse a la nación argentina, de la que son ahora fieles ciudadanos y colaboradores eficaces.

> Adaptación Literaria: Javier Peñalosa.—Realización Artística: Ramón Alonso.—Portada: Carlos Neve.

En el próximo número: SARATOGA SE RINDE













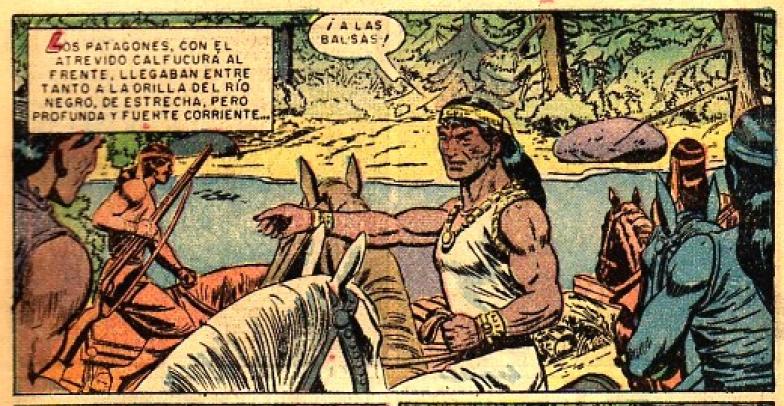




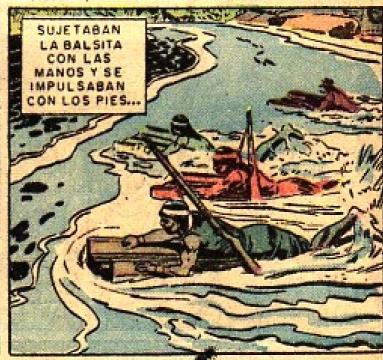






































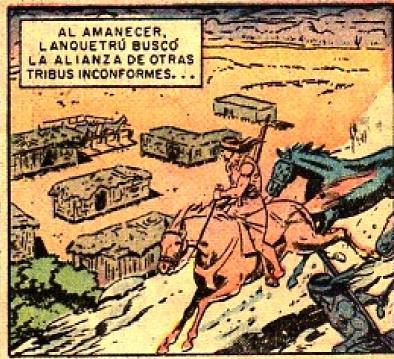






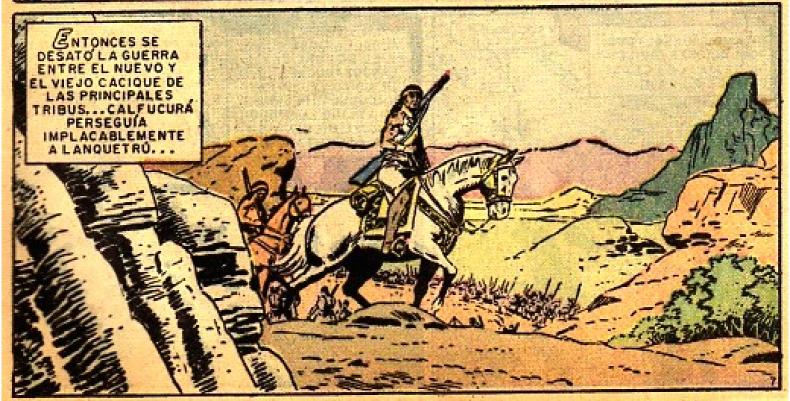






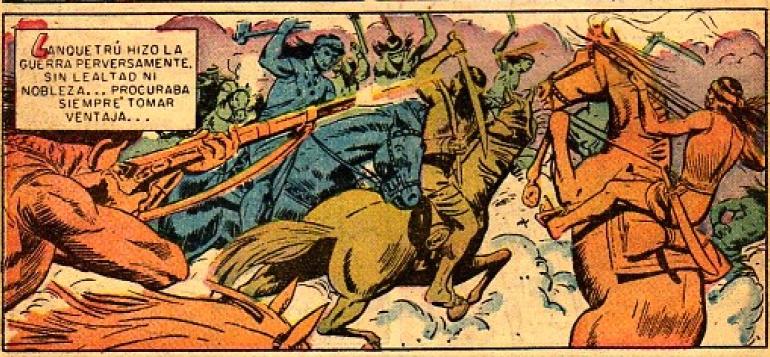




























































































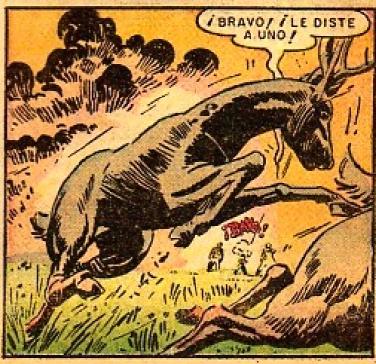






































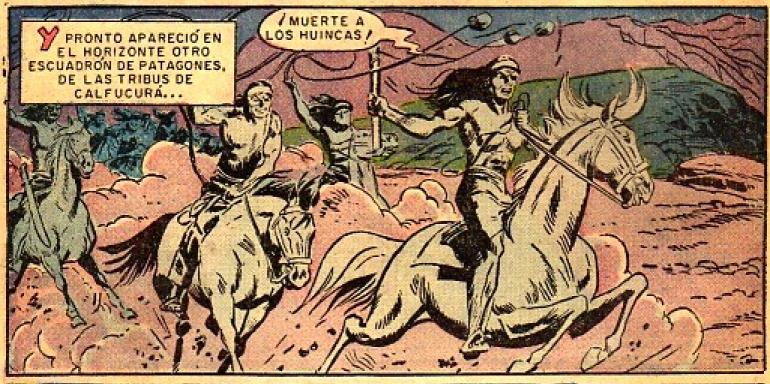






























































































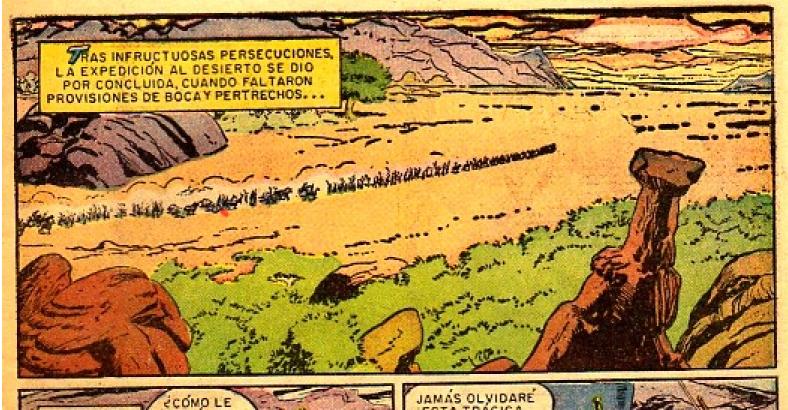
























































NDIOS patagones luchando contra las autoridades argentinas en 1837, en la famosa batalla de Loreto, que puso en peligro la ciudad de Rosario.